

Editorial

Salida de emergencia: encrucijada histórica del capitalismo, pandemia y crisis

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

La moderna sociedad capitalista se precipita en una crisis de gran calado, que desfigura sus fibras económicas y desarticula sus soportes civilizatorios, alterados por la pandemia mundial y sus múltiples conexiones en todas las esferas sociales. A flor de piel, el quebranto civilizatorio muestra un nuevo episodio de ruptura en el proceso crucial de valorización; pero en lo profundo se atestigua el debilitamiento de la materialidad capitalista y múltiples contradicciones en sus mecanismos de reproducción. Al agotamiento de las bases materiales de la moderna sociedad capitalista corresponde, sin embargo, la apertura de potencialidades y fuerzas constructoras de una sociedad diferente, un horizonte civilizatorio alternativo.

La sociedad contemporánea se erige sobre un entramado económico-político y una racionalidad que se han venido tejiendo desde los albores de la modernidad capitalista, en los siglos XIV y XVI, cuando acontece la llamada acumulación originaria y la colonización europea,¹ y se despliega, afianza y preserva hasta la actualidad, el siglo XXI, el de la llamada globalización neoliberal. Una serie de principios norman y regulan el funcionamiento de la civilización capitalista: la comprensión de la relación entre el ser humano y la naturaleza como una dualidad cartesiana, y la naturaleza como una exterioridad de la sociedad humana; la valorización del valor, la acumulación de capital y la mundialización del sistema económico; la ideología neoliberal basada en el libre mercado, la competitividad y la ética del mercado; la racionalidad instrumental medio-fin para la maximización de ganancias; la política diplomático-militar

del sistema imperialista internacional; la promoción del libre mercado, la democracia electoral y los derechos humanos; el determinismo tecnológico y la fe en el progreso. Estas determinaciones materiales y subjetivas fungen como axiomas que articulan las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales, e imprimen un sentido utilitario a los preceptos éticos, científicos y ambientales.

Un hecho histórico recurrente es que el sistema capitalista ha estado expuesto a crisis sistémicas debidas a las contradicciones que supone su propio desarrollo, pero más que evidencias de su propia destrucción, fungen como acicates para su renovación, sin que ello quiera decir que es un sistema perpetuo. No obstante, ahora estamos experimentando la convergencia de diversas expresiones de la crisis que, superpuestas o entreveradas, forman una fuerza que se enraíza y profundiza, aunado al agotamiento de los fundamentos materiales y racionales de la reproducción del capital y de la vida humana en el entorno planetario, a lo que suele llamarse civilización o modernidad capitalista.² Esto significa una modalidad ampliada de la crisis civilizatoria, que pone en cuestión la reproducción de la vida humana en un ecosistema en peligro, de un modo más profundo que en el pasado inmediato, y que entraña la posibilidad de interconectarse con otras amenazas verídicas o latentes, como el cambio climático y sus secuelas. En esta ocasión, el detonador ha sido la pandemia del COVID-19, que amplifica, profundiza, acelera y difunde las formas preexistentes de la crisis civilizatoria y en su vorágine las lleva hasta sus últimas consecuencias, en una especie de laboratorio social

¹ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 1, México, Siglo XXI, [1867] 1988.

² Humberto Márquez, «Diez rostros de la crisis civilizatoria del sistema capitalista mundial», *Problemas del Desarrollo*, vol. 40, núm. 159, 2009.

distópico y mundializado, pero también incuba un potencial de cambio, un interregno, un momento de disputa y redefinición acerca de la racionalidad de la reproducción socioambiental.

Para una mejor comprensión del carácter dialéctico, multidimensional y complejo de la crisis, es menester hacer una exploración científica de la a) corporalidad viviente desde bases biomédicas y socioambientales para contrarrestar una enfermedad respiratoria e inflamatoria como la COVID-19, que acometen el sistema nervioso y respiratorio, pero también para descifrar las amenazas al sistema inmunológico, las nuevas patologías y problemas epidemiológicos asociados. b) Las bases materiales de la reproducción de la vida humana en el planeta Tierra, aunado a los sistemas económicos, políticos, tecnológicos, culturales, ambientales y sociales que la sustenta. c) Los efectos en la vida cotidiana, la convivencia, la subjetividad, la cultura y las prácticas habituales de las personas concretas. En definitiva, se precisa cuestionar, no sólo la materialidad capitalista, basada en la destrucción del trabajo y la naturaleza, sino también la racionalidad que la sustenta, es decir, el sistema de ideas, formas de pensamiento, teorías, discursos, normas y «reglas del juego», y con ello el sistema de coordinación y gobierno del entramado civilizatorio, de las relaciones sociales capitalistas. Esto no se refiere a marcos puramente ideales o metafísicos sino que son formas de ser, estar y pensar el mundo, que tienen expresiones políticas e institucionales concretas.

Estamos atestiguando la convergencia de procesos intrincados como el ecocidio, el antropoceno (o, mejor, capitaloceno)³ y el agotamiento de los hidrocarburos fósiles; la violencia y la migración forzada; el vaciamiento de la democracia, el neoliberalismo, el populismo y el estatismo. No obstante, la crisis civilizatoria, y su filón pandémico, se presentan como una lección apremiante de materialismo histórico, y han suscitado el desmoronamiento de los fundamentos normativos, ideológicos y morales del capitalismo.

La reproducción de la vida humana está en jaque, y en ello se advierte la descomposición de la relación simbiótica de la materialidad que sustenta a la vida humana dentro del gran habitáculo socrionatural medido por la acumulación capitalista. En tanto seres vivos, somos parte de la naturaleza, y tenemos una base biológica para la supervi-

vencia y reproducción. Resueltamente, la naturaleza no es una externalidad ni una representación de la relación dual cartesiana sociedad-naturaleza. Al tomar a la naturaleza como recurso o insumo productivo, no sólo se justifica su destrucción sino que simultáneamente se minan las bases socioambientales de la reproducción de la vida humana, de manera directa e indirecta. El quebranto del metabolismo socioambiental redundando en la destrucción de ecosistemas y la alteración de las bases de reproducción de la vida animal y vegetal, por lo que se generan nuevos virus y mutaciones con secuelas en nuevas enfermedades, además de la aparición de catástrofes naturales como los tsunamis, inundaciones, sequías y deshielos.

La profundización de la crisis económica por la fractura de la acumulación y valorización de capital, cuyo episodio más reciente fue la crisis financiera de 2007-2008, se agudizó con la convergencia de varias expresiones de la crisis sistémica del capitalismo en los rubros industrial, alimentario, laboral, migratorio, entre otros. El supuesto metafísico de la presunta superioridad y perfección de la economía de mercado y la noción de equilibrio general es puesto en predicamento por la terca realidad, más allá de sus inconsistencias teóricas y políticas. Una vez más, se devela que la primacía de la maximización de ganancias sobre la necesidad de reproducción de la vida es un criterio retorcido, irracional y suicida. La pandemia no sólo evidencia el desmantelamiento del sistema de salud pública y la incapacidad manifiesta de los gobiernos en turno para ofrecer pruebas, tratamientos, medicamentos y medidas efectivas para proteger a los enfermos, desempleados y pobres. Las respuestas meramente reactivas resultan sobradamente insuficientes, puesto que se han desencadenado una multiplicidad de problemas, que superan la sola cuestión biomédica. Ahora se presentan nuevos episodios de crisis alimentaria global, desempleo, pobreza y hambre, junto a una mayor desigualdad de ingresos, privatización de ganancias y socialización de pérdidas. Formas ampliadas de la crisis civilizatoria que ha sido convenientemente diagnosticada por investigadores, pensadores y analistas críticos.

La ideología de libre mercado, la teoría neoclásica, el neoliberalismo, la llamada ética del mercado y la pulsión de competitividad se derrumban por su propio peso. También se pone en cuestión las normas y principios que en términos morales e ideológicos orquestan las formas de relacionarse entre personas, instituciones y países, cuyo cometido ha sido justificar la espiral de capitalización sobre

³ Jason Moore, *Capitalism in the web life. Ecology and the accumulation of capital*, London, Brooklyn, Verso, 2015.

las necesidades vitales. La crisis civilizatoria y el coletazo pandémico evidencian la impostergable necesidad de un cambio de coordenadas teóricas, ideológicas, políticas y éticas. Ahora se precisa una renovada y potente teoría crítica basada en la crítica de la economía política y en la crítica de la modernidad capitalista, una ética crítica sustentada en las necesidades radicales de la población y una praxis política de transformación social.

Se pone en predicamento el eje toral de decisión capitalista, que marca el derrotero del conjunto social: la racionalidad instrumental medio-fin,⁴ donde el fin de la máxima ganancia posible justifica cualquier medio para conseguirlo (explotación, extractivismo, especulación). Las fuerzas productivas, desplegadas por la ciencia y la tecnología, fuerzas prometeicas que insuflan la fe en el progreso, se topan con límites infranqueables de la naturaleza misma, a la cual se creía haber vencido y reconvertido como un artefacto del aparato productivo, una fuente inagotable para el desarrollo de nuevos materiales. Y, aun así, se cultiva la expectativa de que la salida a la emergencia sanitaria y a otras expresiones de la crisis civilizatoria será en clave tecnológica, bajo la pauta de la racionalidad instrumental.

El quiebre del sistema imperialista global se ahonda con el debilitamiento y descrédito del hegemon capitalista, el imperio estadounidense, y con él todo el sistema imperial internacional. Previamente, ya se reconocía el declive de la hegemonía de Estados Unidos, y la competencia interimperialista entre Estados Unidos y Unión Europea frente a Rusia y China, con episodios de guerras comerciales y disputas territoriales de mercados. La pandemia también ha afectado a las grandes potencias del sistema mundial capitalista, desde China y Rusia, hasta Alemania, Gran Bretaña y Francia. Estados Unidos de nueva cuenta se coloca como el epicentro de la crisis global y, en este caso, el mayor foco de infección y propagación del virus letal. Las estructuras de poder imperial mundial han sido cimbradas.

El ideal promisorio del futuro y un progreso sin límites prometido por el capitalismo ha sido quebrantado por el realismo capitalista. Los proyectos civilizatorios del desarrollo y el progreso están en bancarrota ideológica. La irrupción de la pandemia ha invertido los términos de la relación o de la cosmovisión capitalista: en lugar de partir de un estado de crisis rumbo a un futuro de bienestar y felicidad, ahora tenemos un presente, como punto de partida, caótico;

pero el futuro se anticipa con la imagen de un mundo peor, frente al pasado y presente, que no necesariamente han sido mejores referentes. La línea de continuidad ascendente del progreso ha sido rota. No disponemos de un pensamiento optimista justificado, en todo caso hay un pesimismo optimista, si se trabaja en pos del cambio. El futuro inmediato se anticipa como la proliferación de rebrotes pandémicos y la emergencia de nuevos virus y supermicrobios que se combinarán con cataclismos ambientales, depresión económica y barbarie social. De no actuarse a tiempo, el futuro distópico inmediato puede significar el advenimiento de nuevas y más profundas crisis económicas, cataclismos, cambio climático, pandemias, guerras, terrorismo, conflictos sociales, disputas geopolíticas, etcétera.

Una fractura de gran calado, de hondura civilizatoria, no tiene, evidentemente, una salida plausible si ésta no se da en el mismo orden civilizatorio. Es bien sabido que el capitalismo es un sistema que se autofagocita, se devora a sí mismo, para reproducirse, sin importar las consecuencias.⁵ Los remiendos, las reformas y los parches, políticas habituales entre los gobernantes en turno, meros gestores del capitalismo, son ingenuas e insuficientes. Los marcos normativos e institucionales del capitalismo no encierran la solución definitiva, ni siquiera para el saneamiento del capitalismo. De persistir la racionalidad, gobernabilidad y patrón de acumulación del capitalismo, lo único que resultará es el ahondamiento de la destrucción, la profundización de la crisis, a lo sumo la postergación de la estela de destrucción con soluciones tecnocráticas que disimulan los grandes problemas de fondo.

Las medidas contratendenciales o, al menos, contrarrestantes, pueden detener, figurativamente, el reloj del desastre. Estas medidas ya se han activado, son visibles, se discuten públicamente, pero no dejan de ser meros paliativos. La respuesta no sólo está en la generación de vacunas, medicamentos y tratamientos más potentes y efectivos, sino en la innovación social, en la praxis transformadora para la creación de otra forma de organización económico política.

Pareciera más necesario que nunca activar el freno de emergencia, para detener a la enloquecida locomotora capitalista. Desmontar la estructura capitalista, el sistema de poder, las fuerzas destructivas. Imaginar, discutir, construir, un paradigma civilizatorio alternativo a la modernidad

⁴ Franz Hinkelammert, *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad*, San José, Arlekin, 2007.

⁵ Anselm Jappe, *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2017.

capitalista. Uno cuyo nombre aun es impreciso, pero hay muchas pistas, muchas experiencias, muchos experimentos, muchos hechos concretos, fenómenos embrionarios, que pueden nutrir la nueva sociedad. Un proyecto civilizatorio que ciertamente tiene una cimiento utópica, pero también contiene un potencial fáctico, una viabilidad histórica, concreta y política para su despliegue.

Indudablemente se trata de una ruptura histórica, civilizatoria, un nuevo derrotero para la emancipación de la humanidad, para romper las cadenas de explotación y salvarse de las relaciones sociales de explotación, opresión y desprecio.⁶ Empero, los sujetos del cambio no son los Estados, que no dejan de ser los consejos de administración de las clases dominantes,⁷ aunque hagan pequeñas concesiones a los oprimidos, sino que serán, por necesidad histórica, las clases sociales, los grupos sociales y las comunidades afectadas por la explotación, la dominación y la exclusión. Estos sectores sociales están interesados genuinamente en la transformación social, no así los partidos políticos que juegan el juego del poder y la alternancia electoral, no los gobiernos que gestionan el Estado y lo emparentan con los intereses capitalistas, no los empresarios que sólo tienen el interés del lucro privado, no los populistas que asumen

el poder y pretenden encarnar, cual mesías, el interés del pueblo.

Como en toda encrucijada histórica, los proyectos políticos de gran calado entablan una disputa, a partir de las fuerzas e intereses que representan el conjunto de los intereses creados enfrentados a los que representan a los sectores revolucionarios o de cambio social. La actual situación no escapa a esta disyuntiva: por una parte, quienes apuestan simplemente por enmendar el rumbo, implementar medidas para «regresar a la nueva normalidad», y con ello restaurar, así sea de modo parcial, la maltrecha civilización de la modernidad capitalista, para posibilitar el reencauzamiento de los patrones de acumulación y los mecanismos de poder, a pesar de que liberen de nueva cuenta la lógica y racionalidad de las fuerzas destructivas de la acumulación capitalista, y, por otra parte, quienes pretenden articular los proyectos, iniciativas y prácticas de transformación social y, en esa inteligencia, configurar un sujeto colectivo político dispuesto a luchar por la superación del capitalismo y la procreación de un entramado civilizatorio radicalmente diferente, donde la emancipación de la humanidad sea posible. 🐦

⁶ Karl Marx, *op. cit.*

⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, Madrid, Alianza, 2011.

